

***IN MEMORIAM***  
**IRIS M. ZAVALA**  
(Ponce, 1936. Madrid, 2020)

Iris M. Zavala, que al filo del milenio escribió en la revista *Quimera* sobre las siete plagas y sus paradojas, ha sido fatalmente víctima el 10 de abril de 2020 de la primera que, con alcance global, nos atacó desde principios de año. Desde su Puerto Rico natal, que nunca quedaría al margen de su trabajo académico y de su vida, había llegado a la Salamanca de Fernando Lázaro Carreter a finales de los cincuenta, para licenciarse en Filología románica y doctorarse muy pronto con una tesis sobre Unamuno, que fue en 1963 el primero de sus libros (*Unamuno y su teatro de conciencia*). Siempre mantendría su interés por la obra del rector salmantino, escritor y pensador en debate constante consigo mismo, con las ideas y con los demás. Su «pensamiento dialógico» la llevará a estudiarlo junto a Mijail M. Bajtín en un libro de 1991 en el que se funden dos de las referencias intelectuales a las que Iris M. Zavala fue más fiel, lo que en el caso del teórico ruso significó postularlo como una de las figuras fundamentales de la teoría más sólida cuando los estudios literarios empezaban a infectarse por el virus posmoderno de la deconstrucción y el «pensiero debole». A ella debemos en considerable medida haber rescatado a Bajtín de su desconocimiento en el mundo hispánico, así como el aprovechamiento de su magisterio entre nosotros, gracias, después

del indicado, a otros libros como *La posmodernidad y Mijail Bajtín. Una poética dialógica* del mismo año 1991, y *Escuchar a Bajtín*, cinco años posterior, amén del compendio de estudios que Iris M. Zavala codirigió sobre *Bajtín y sus apócrifos* (1996) y la edición de varios textos bajtinianos traducidos, reunidos y comentados en *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos* (1977).

La impronta filológica de su formación universitaria española nunca la abandonará tampoco. Iris M. Zavala era filóloga de una pieza, comenzando lógicamente por su habla, de seductora fluencia caribeña y precisión expresiva conforme, en sus registros, a las distintas situaciones comunicativas de que se tratase. Y, en lo que a la escritura se refiere, bien merece el calificativo de polímata, pues cultivó un abanico muy amplio de expresiones filológicas: la erudición literaria y la pesquisa cultural en el sentido más amplio, por supuesto; pero también la creación literaria en sus géneros fundamentales.

Iris M. Zavala mereció, así, tres veces (1964, 1972 y 1990) el premio nacional de literatura en Puerto Rico por sus obras sobre Unamuno, sobre Rubén Darío y sobre la ideología en la novela española del siglo XIX. Y en dos ocasiones el Pen Club premió sendos libros suyos. Uno de ellos era un ensayo inexcusable sobre el bolero; el otro, una de las seis novelas que publicó, no precisamente aquella que en su propio título consagra el interés suyo por la música popular hispanoamericana: *Percanta que me amuraste*.

Su perenne filiación boricua se hizo presente de manera regular en su producción intelectual y editorial, desde el libro que compiló con R. Rodríguez en 1973 titulado *Libertad y crítica en el ensayo puertorriqueño*, revisado y traducido al inglés seis años después, hasta el último ensayo que publicó en 2011 sobre *La cuestión caribeña*. Y desde tal perspectiva y condición se ocupó de las conexiones entre Colonialismo y cultura (por caso, en un libro publicado en inglés en 1992) o de los discursos sobre la «invención de América», asimismo de 1992.

Su rigurosa formación humanística la hizo concedora y estudiosa de toda nuestra literatura: desde Cervantes, la picaresca, Garcilaso el Inca y Juana de Asbaje, Jovellanos, Torres de Villarroel, Cadalso, Forner, Blanco White o Feijoo, hasta el folletín, la novela realista, Rosalía y Bécquer, el modernismo hispánico y el 98, Valle-

Inclán – al que dedicó su libro *La musa funambulesca* (1990)– o Juan Ramón Jiménez. Atención especial le mereció, como no podía ser de otro modo, la figura más influyente en la renovación de nuestra lengua poética entre los dos siglos. Su *Rubén Darío bajo el signo del cisne* fue publicado por la Universidad de Puerto Rico el mismo año, 1989, en que Iris M. Zavala editaba en Madrid *El modernismo y otros ensayos de Rubén Darío*.

Con ese bagaje, era la mujer indicada para afrontar una empresa necesaria y al mismo tiempo muy dificultosa, como sus autores reconocieron desde el principio al definir en 1979 como una «inicial escaramuza» la primera *Historia social de la literatura española* en tres volúmenes, escrita desde los supuestos del «pensamiento fuerte» marxista. Faltaban muchos estudios previos que fueran desbrozando el terreno, como el admirable libro de Noël Salomon sobre el tema campesino en el teatro de Lope de Vega, pero Iris, Julio Rodríguez Puértolas y Carlos Blanco Aguinaga asumieron con decisión y valentía el compromiso y el riesgo consiguiente. Precisamente, la última publicación de Iris fue en 2014 «Carlos Blanco Aguinaga. Un exilio 'afortunado'. *In memoriam*», incluido en el volumen compilado por Manuel Aznar Soler y otros bajo el título de *El exilio republicano de 1939: viajes y retornos*.

También fue muy destacada su contribución a la novedosa y fundamental *Historia y crítica de la literatura española*. Su director, Francisco Rico, pensó que ningún especialista podía cubrir mejor que ella el Romanticismo y el Realismo. Y conforme al diseño de este proyecto, cuando el tomo inicialmente publicado en 1982 hubo de ser ampliado doce años después con un primer suplemento, de nuevo recurrió a la autora de obras de referencia sobre el periodo como *Masones, comuneros y carbonarios* (1970) o *Románticos y socialistas. Prensa española del XIX* (1972). Esta misma autoridad que se le reconocía ampliamente la llevó a encargarse del capítulo dedicado al romanticismo y el costumbrismo en el tomo 35 de la *Historia de España* dirigida inicialmente, desde 1935, por don Ramón Menéndez Pidal, y cuarenta años después por José María Jover Zamora.

En cuanto a aportaciones que marcan un hito, que solo polímatas como Iris M. Zavala pueden emprender, hay que reseñar sin duda su dirección del vaso proyecto colectivo de una historia feminista de la literatura española, preludiada por un libro publicado

en inglés en 1985 junto con M. Díaz-Diocaretz –*Women. Feminist Identity and Society in the 1980's*– y sustanciada finalmente en seis volúmenes aparecidos entre 1993 y 2002, el último de ellos extendido también a las lenguas catalana, gallega y vasca.

Desde un principio, Iris M. Zavala y sus colaboradoras dejaron claro que el asunto central subyacente a su empresa era el propio lenguaje, y particularmente el lenguaje literario en lo que respecta al vínculo entre la enunciación y la Otredad. Ahí se puede encontrar la justificación para ese «discurso genérico o sexuado» del que ya habían tratado previamente entre nosotros Celia Amorós o Amelia Valcárcel, reavivando la llama encendida nada más y nada menos que en 1938 por Pilar Oñate con su estudio precursor sobre *El feminismo en la literatura española*. Pero este proyecto feminista iniciado en 1993 no era fruto de la «nostalgia de una diferencia», sino del interés por poner en claro «la pluralidad de los mundos y los mundos paralelos que conviven en cada época». Lo que pretenderían a partir de entonces todas las colaboradoras de esta historia feminista de la Literatura española sería ajustar el canon, iluminando un capítulo injustamente poco atendido pero sin atisbos de revisionismo revanchista. Lo que buscarían sería, en fin, «configurar una historia feminista que contemple el conjunto de una cultura nacional».

El feminismo que sustenta esta obra en seis tomos va, pues, de la mano de la Filología y de la Historia, y se inspira, más que en referentes anglosajones, en el «Manifiesto di rivolta femminile» de Carla Lonzi, especialmente en su proclama de que «el hombre tendrá que escuchar de la mujer todo lo que a ella se refiere». Y enlaza con los planteamientos de la historia social de la literatura, porque el punto de vista que Iris Zavala esgrime una y otra vez para explicar la intencionalidad de su empeño «no es temático, sino semiótico y político». Afirma que el género biológico no determina un tipo específico de escritura, El hablar y el escribir de una mujer a partir de su condición de tal no está condicionado tanto por la naturaleza como por una «posición estratégica» especialmente problemática en el seno de la sociedad.

Esa visión histórico-filológica antes que ideológica, se manifiesta en el reconocimiento en nuestra cultura de un tracto precursor del feminismo actual. Desde la primera entrega de la obra,

se invoca las figuras de Teresa de Jesús y la Décima Musa mexicana, pero antes de llegar al plantel de escritoras del siglo XIX que tan relevante es a estos efectos, no se olvida el precedente de sor Teresa de Cartagena, que ya en época de Juan II protestó contra la misoginia, ni los testimonios de literatas como las mencionadas o María de Zayas y Sotomayor –por tantos motivos fascinante– y de humanistas como Luisa Sigea o Beatriz Galindo. Con estas y otras referencias, que no son pocas ni irrelevantes, no se pretende, sin embargo, edulcorar la realidad discriminatoria de la que resulta emblema cabal el caso de «Sor Nada». Porque en la Biblioteca Nacional se conservan varios manuscritos de temática espiritual que continúan inéditos y rodeados de un aura de misterio en lo que se refiere a su datación y autoría, porque aparecen firmados por una tal «Sor Nada». Con tan sorprendente solución homérica, una mujer fundió dos estrategias, el anonimato y la seudonimia, reiteradamente utilizadas por escritoras para burlar los constreñimientos del sistema literario y social que padecían.

Habiéndose decidido a abordar de tal modo el estudio de nuestra literatura desde la teoría feminista en los años ochenta, fecha temprana para nosotros aunque sobre todo en los Estados Unidos tales enfoques estaban ya alcanzando la cresta de la ola, Iris M. Zavala actuó como pionera, avalada en su empeño por la autoridad en los estudios literarios que ya la acompañaba, pero de su interés temprano en esta línea habla su artículo de 1976 en la revista *Sin Nombre* sobre «Dos mujeres contra el mundo: Flora Tristán (1803-1844) y Louise Michel (1830-1905)». Su dedicación al feminismo se mantendrá ya sin solución de continuidad. De 2004 data su libro *La otra mirada del siglo XX. La mujer en la España del siglo XX* y dos años después editaría un texto hispánico fundamental a estos efectos, la *Respuesta a Sor Filotea* de sor Juana Inés de la Cruz. Es de destacar también hasta qué punto Iris supo incorporar a las investigaciones feministas a estudiosas (y estudiosos) que la secundaran. Su posición a este respecto era abierta e integradora. En 1991 publicó en la revista de Teoría de la literatura y Literatura comparada *Tropelias* «Los hombres feministas y la crítica literaria». Pero es muy relevante su postura, reiteradamente manifestada, de que no hay un solo feminismo, sino múltiples voces y perspectivas en este fecundo

movimiento intelectual y político, así como otras tantas formas de entender el patriarcado a partir de los diferentes enfoques culturales.

Desde su condición sustantiva de filóloga, Iris M. Zavala practicó con éxito los cuatro brazos que, armónicamente, articulan los estudios literarios: historia, crítica, teoría y comparatismo. En la State University of New York profesó la literatura española pero también la comparada. Y cuando en 1983 se trasladó a Holanda, ocupó durante catorce años una de las más reconocidas cátedras de Literatura hispánica. Tampoco estuvo nunca fuera de su atención el debate teórico, que Iris encaró sobre todo cuando a finales del pasado siglo se abrió un campo de indefinición y superficialidad a la que ella supo contraponer la solidez de ciertas referencias individuales, sobre todo Bajtín, e ideológicas (marxismo y feminismo). Su presencia como profesora alcanzó también a España una vez concluido su compromiso en los Países Bajos. Fue, así, profesora visitante en la Universidad de las Islas Baleares y en la Pompeu Fabra de Barcelona, en donde ocuparía una cátedra UNESCO dedicada a los estudios latinoamericanos. Finalmente, a su doctorado honoris causa por la *alma mater* de sus primeros estudios, la Universidad de Puerto Rico, se añadió en 2002 el de la Universidad de Málaga.

Desde 2003 su legado intelectual y su fondo documental está depositado, precisamente, en el Seminario de Estudios interdisciplinarios de la mujer de esta Universidad andaluza. Iris fue, además, de lo dicho, poeta. Por eso, quienes nunca la olvidaremos, acaso podamos encontrar las palabras eminentes que nos ayuden a despedirla en estos versos de Emily Dickinson:

*Behind Me –dips Eternity–  
Before Me –Immortality–  
Myself –the Term between–*

De ellos hizo la siguiente versión Amalia Rodríguez Monroy, compañera en trabajos y días de Iris M. Zavala:

*Detrás de Mi –la Eternidad descende–  
Ante Mi –la Inmortalidad–  
Yo –el Límite intermedio–.*

DARÍO VILLANUEVA  
USC Y REAL ACADEMIA ESPAÑOLA